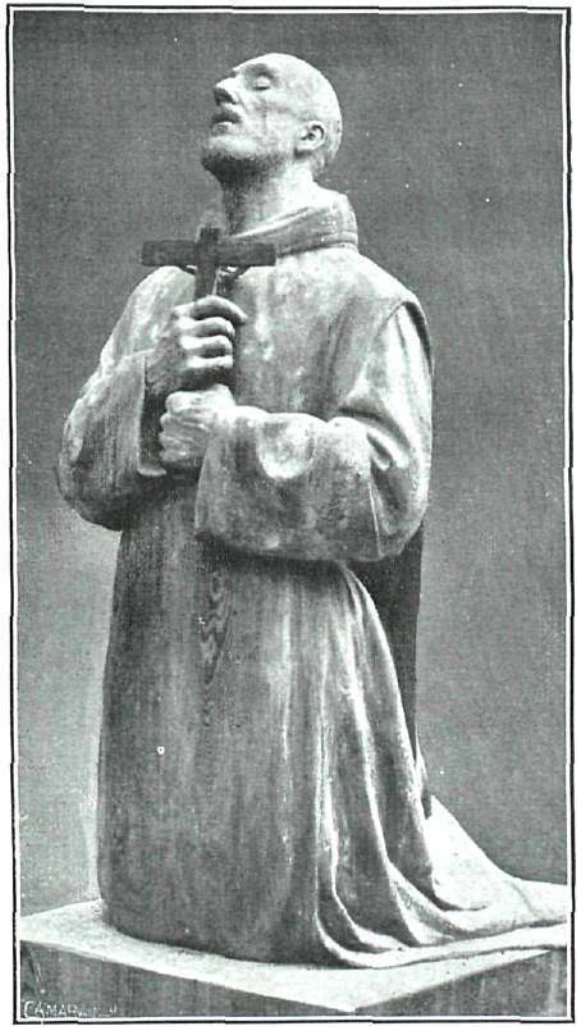


"Monumento a Ganivet", de Juan Cristóbal



"Picariña", de Francisco Asorey



"San Juan de Dios", de Jacinto Higuera

Por primera vez Borrell Nicolau y Quintín de Torre acuden á Exposiciones Nacionales. El hecho de dos grandes escultores—catalán el uno, vasco el otro—formados y reputados fuera de Madrid ambos, que buscan la consagración oficial, es simpática y no frecuente.

escultura; la convicción, cada vez más profunda, de que las dimensiones nada tienen que ver con el valor de una obra, ni mucho menos con su elocuencia sensible.

Así, predominan en la actual Exposición las cabezas, las figuras pequeñas y, desde luego, las obras realizadas ya en materia definitiva. Debemos llegar á la abolición absoluta de la escayola. Cuando se remedie la torcida intención ó la supina ignorancia de este flamante reglamento confeccionado por la llamada Asociación de Pintores y Escultores, uno de los artículos más importantes deberá ser el que exija imprescindiblemente la presentación de las obras escultóricas en materia definitiva.

¿Cuánto más claras de resultado y más propicias á la contemplación no habrían sido, por ejemplo, el *San Juan Bautista* y *Cadencia*, de Juan Adsuara, este joven artista que acusa ya una personalidad pura y firme; el desnudo femenino de José Planes que, á pesar del fácil hallazgo formal de *La fuente*, de Ingres, con el examen rápido de algunas afromitas griegas, dice la firmeza de una orientación y el sentido íntimo de una gran sensibilidad; el *Amanecer*, de Julio Vicent, donde hay trozos como la cabeza, de una reposada nobleza estatuaria; el grupo *Valencia*, de Pinazo, bien compuesto y con una simpática arrogancia en el desnudo de la mujer; las elegíacas figuras del *Monumento á los padres*, de Eva Vázquez Díaz, que tiene derecho á sus influencias nórdicas por venir ella misma del norte brumoso de cielos y límpido de espíritus; el relieve arcaizante de Marés, que es de una severa euritmia?

Muchas de estas obras destacarían con mayor fuerza ó tendrían la máxima capacidad emocional que sus autores deseaban en otra materia menos ingrata, menos disolvente de planos y volúmenes que la escayola.

En cambio, el mármol, el bronce, la piedra, son de tal modo agradecidos, que incluso parecen dotar de cualidades aquellas obras no escasas en defectos.

Y—lógicamente—realzan las ya logradas de perfección técnica ó impulso ideológico, como las de Borrell Nicolau, Quintín de Torre, Jacinto Higuera, Juan Cristóbal, Torre Isunza, Ortells, Perdígón, Helena Sorolla, Asorey y algún otro.

Nada les dañará las medallas que merecen y, en cambio, servirán estas cabezas de Borrell Nicolau y de Torre para desviar con un sentido más moderno y más apropiado las inclinaciones juveniles de los escultores todavía preocupados con el tamaño antes que con la finalidad conceptiva.

Las cabezas vigorosamente serenas del catalán Borrell; las cabezas delicadísimo expresivas, de una delicadeza y sutilidad extraordinarias, del vasco Quintín de Torre, son, acaso, las obras maestras del género en esta sección de escultura. Y ha de tenerse en cuenta que hay también los aciertos laudables de Juan Cristóbal, de Torre Isunza, de Marín, de Pinazo, de Perdígón, de Carmelo Vicent, de Pérez Sajo.

Juan Cristóbal, además de la cabeza femenina en mármol, expone su grupo en bronce para el monumento de Ganivet. Concebido con valentía y ejecutado con varia fortuna, es, sin embargo, una obra de mucho interés.

Juan Cristóbal tiene una juvenil impaciencia,



"La Boticelli", de Enrique Marín

impetuosa, que le oculta á veces sus excepcionales dotes de escultor. Nosotros le seguimos con fe y con entusiasmo, porque sabemos que de esa juvenil impaciencia ha de salir una madurez granada y ópima.

La talla está representada por el *San Juan de Dios*, de Higuera, y la *Picariña*, de Francisco Asorey. Absolutamente distintas del concepto y de factura estas dos obras, las une momentáneamente el propósito de resucitar un arte bien español y hartamente olvidado.

El *San Juan de Dios*, de Higuera, es acaso su mejor obra y, desde luego, una de las mejores de la Exposición. Tiene, además de la seguridad manual, el hálito poderoso de su idealismo.

Pocas veces hemos sentido el influjo del misticismo áspero, viril, de la religión á la usanza española como en esta figura admirable del fraile rudo y abnegado.

En cambio, *Picariña*, de Asorey, es un delicioso juguete creado con la amplitud de una obra artística.

Toda la ingenuidad del alma femenina gallega está concentrada en esa escultura, parca de dimensiones, gaya de policromado y recogida de silueta.

Helena Sorolla expone un torso y una figura de mujer, resueltos de modo firme, sin alejar la idea de una romántica riqueza sentimental. Perdígón, al lado de la cabeza de mujer, expone un desnudo demasiado obsesionado por el recuerdo de Inurria, y demasiado sometidas ambas obras á la calidad de la materia. Pero esto, que es una observación más que un reproche, no atañe á esa maestría sobria y segura que silenciosamente va adquiriendo el ilustre escultor canario.

Y con elogiar la figura en bronce de Ortells, titulada *La manzana*, que tiene un gracioso desenfado neoclásico, y el granito *Esclavo*, de Pérez Sejo, no creo dejar sin comentario ninguna obra que lo merezca, y en cuya enumeración no estén todas las que el Jurado estime medallables.

Porque hay casos en que la coincidencia de criterio con algunos jurados—brotados eruptivamente por el procedimiento inadmisiblemente del sorteo—nos preocuparía seriamente.

SILVIO LAGO